

OPINIÓN

Crónicas marcianas

Escribe: Orietta Brusa

Docente de la Facultad de Comunicaciones
orietta.brusa@upn.edu.pe



Violencia

Cuando se habla de violencia hacia la mujer, es oportuno aclarar qué se entiende por violencia.

Al tiempo en que Fujimori, con su clara visión de los intereses de las mineras multinacionales, trataba de desertificar el Perú, eliminando ciudadanos presentes y futuros, aplicó, entre otras más cruentas, la técnica muy efectiva de la esterilización femenina. Ni hablar de la masculina: tampoco ese criminal se atrevió a amenazar la característica más importante del hombre. Fue una tragedia para muchas mujeres porque, ya estériles, además fueron rechazadas por sus maridos que no podían demostrar, a través del útero de sus esposas, su virilidad.

La costumbre, todavía muy difundida en las zonas rurales, es tener todos los hijos que dios (o un pene descuidado) regale. Cómo se van a criar y mantener, no importa. No les importa a los padres que se sienten más viriles por el hecho de comportarse como conejos; no les importa a las madres que, reproduciéndose como ganado, se aseguran la pareja.

Violencia, sin duda, es prohibir a una mujer de procrear pero ¿no es más violencia obligarla a tener hijos sin conciencia y sin razón solo por voluntad de dios o de un macho que, para ellas, tiene la misma importancia?

Existe un movimiento contra las esterilizaciones de Fujimori y nadie (menos Keiko) lo contesta. Pero cuando hay uno contra la reproducción forzada, todo el mundo católico se escandaliza. La iglesia se ha entrometido hasta cuando se habló de educación sexual y de repartir condones en los colegios. “No tenemos que atentar a la inocencia de nuestros jóvenes”, Cipriani dicit.

En fin, tener hijos es la función principal de la mujer. Y cuánto más pobre e ignorante, más hijos.

De esta visión retrograda nacen las distintas agrupaciones pro-vida, en contra de la despenalización del aborto. No es un caso que el ya recordado Cipriani, el tipo de “los derechos humanos son una cojudez”, sea promotor y patrocinador de estas penosas manifestaciones, llenas de mujeres creyentes y virtuosas que defienden los derechos del embrión y descuidan por completo los de las otras mujeres, tal vez no santas pero menos hipócritas que ellas.

Se inspiran en la biblia que, por supuesto, la gran mayoría nunca ha leído, para dar órdenes y preceptos morales que dios transmitió a sus profetas no se sabe dónde ni cuándo. Cómo, sí se sabe: en los distintos delirios que los patriarcas tenían antes o después de un golpe de calor ya que vivían en el desierto.

Es violencia morir de parto en el siglo XXI: si en Europa el promedio es de 12 mujeres por 100,000 partos, en el Perú es de 93

por 100,000. Y estamos felices porque el promedio ha bajado.

Un discurso aparte merece el aborto clandestino:

La tasa de aborto descendió de 34, en 1995, y a 29 por mil mujeres en 2003, cifra que se mantuvo invariable hasta 2008. La situación fue diferente en el mundo desarrollado donde la tasa de aborto para 2008 fue de 17 por mil mujeres, disminuyendo con respecto a 1995, cuando se registró una tasa de 20.

Cerca de un millón de mujeres en Latinoamérica son hospitalizadas anualmente por complicaciones de un aborto inseguro.

La tasa de aborto en 2008 fue de 29 por mil mujeres en edad reproductiva en África y 32 por mil en América Latina, regiones en donde el aborto está altamente restringido en casi todos los países. (La República, 20 de Enero de 2012)

En los países subdesarrollados la mujer vale menos.

¿No es violencia educar la mujer a ser esposa, madre y objeto sexual desde la niñez?

Muñecas, ollas, escobitas y toda la parafernalia (rosada posiblemente) rodean a las niñas hasta que vendrán sustituidas por ropita coqueta y pequeños tacones, bikini sexy y disfraces de princesa que forman una identidad de género prejudicial para el desarrollo de la personalidad. Son condenadas a ser femeninas, débiles, sumisas y listas para “amar” al primer bípedo que se cruza en su camino o a enfrentar la reprobación de una sociedad que tiene bien clara la diferencia entre hombre y mujer: diferencia por lo que concierne no solo la personalidad y las características psicológicas, más bien por los derechos que se reservan a estas supuestas diferencias “naturales”.

Tienen entre 12 y 14 años, pero ya son madres. Cada día, de tres a cuatro partos registrados en el Perú son de menores de 15 años. La mayoría llega a este estado en un contexto de violencia, abusos, pobreza y exclusión. Viven en zonas rurales, en comunidades o donde el acceso a la información y a la educación les han sido injustamente negados. De pronto, cambian su proyecto de vida.

Para el especialista Walter Mendoza, de UNFPA, esto solo es la “punta del iceberg” de otras exclusiones, entre las que están la falta de ejercicio de derechos reproductivos y su correlación con el embarazo adolescente entre 15 y 19 años.

(La Republica, 28 de octubre de 2015)

Una mala educación excluye a la gente hasta de los derechos más elementales.